

PÁGINAS DE SEMANA SANTA: EL «MISERERE»

Los fieles van entrando en la iglesia. Las calles quédanse desiertas tras del continuado ir y venir de las gentes durante el día, y cuando ya entrada la noche las luces parpadean con incesante movimiento en las farolas de las calles, en los templos la multitud escucha con fervorosa atención las estrofas de esa música, que tanto habla al alma de los fieles..... Música triste si queréis, pero solemne, grandiosa, inefable.

El «Miserere» comienza; los salmos penitenciales van sucediéndose unos á otros, en estrofas llenas de gran sabiduría. ¿Es tristeza para un alma creyente aquel canto lleno de soberana majestad? ¿Es tormento acaso el escuchar aquel continuado canto de amor?—Porque ¿qué es el «Miserere» sino un sublime cántico de amor, de misericordia y de única esperanza? ¿Qué religión puede dar a los suyos unas lamentaciones más tiernas, ni unos salmos en que el creyente pueda esperar con más fe en su Dios?

El canto del «Miserere» produce en nuestro ánimo varias y distintas sensaciones. Á veces crecen, más tarde disminuyen, se combinan, se descomponen acaso sin que apenas hayamos notado el menor síntoma de todas estas variantes. Pero de estrofa en estrofa, cada vez que las notas agudas, graves ó pianísimas se suceden y combinan, las sensaciones se alteran, produciendo, por último, una general que es la que predomina al escuchar el solemne conjunto musical.

Si nos sentamos al borde de la playa, sentiremos primeramente, el ruido de la primera ola, después el de la siguiente, más tarde el de las demás que sucesivamente llegan y se rompen en la playa; pero el ruido de cada una de ellas produciranos una sensación distinta, que asimismo cambiará cuando escuchando de más lejos el flujo y reflu-

jo del mar, todo su admirable conjunto nos produzca la sensación máxima.

Escuchemos el «Miserere»; «¿Charlarán, hablarán, inicualemente se jactaran *siempre* todos los que obran la iniquidad?» «¡Ah! Señor, ellos han abatido á tu pueblo, han devastado tu heredad» ¡Magníficas estrofas de uno de los salmos! Pero del primero al segundo, la sensación ¿no es distinta en su trayectoria del *mínimum* al *máximum*? El primero ¿no imprime al espíritu un momento de ira mientras que el segundo nos lleva a la tristeza que se conforta con el amor? Y así como este rápido cambio de sensaciones ocurre en las dos estrofas anteriores, así se alteran por momentos durante el transcurso de todo el «Miserere».

Los instrumentos, las voces, los elementos todos que componen el conjunto musical, todo ello contribuye á los distintos cambios, alteraciones de la sensación, que ya al final se convierten en una general y definitiva, que es la que predomina en el espíritu.

Ninguna religión puede dar mayor sublimidad a sus cánticos, más intensidad espiritual á sus salmos, que la religión cristiana en el «Miserere». Ningún espíritu vigoroso puede permanecer indiferente ante esos períodos de sublimada grandiosidad, con que llena las naves de nuestros templos, los salmos penitenciales.

Amor, tristeza, pasión, fuego ardoroso de caridad, lamentos, ira, alegría, esperanza, en fin, todos esos derivados psicológicos del amor, van surgiendo de momento en momento, de período en período, de frase en frase, de sonido en sonido.

La tristeza que el alma siente por los males que afligen á la sociedad que cada día se aparta más y más de su Dios; la ira con que nos esforzamos en abominar, en rechazar cuanto hiera nuestros sentimientos de creyentes; el valor con que quisiéramos luchar por alcanzar el objeto amado de la verdad, y en fin, la emulación que el recuerdo de grandes hechos nos produce, aviva en nosotros esa esperanza con la que intentamos realizar las mas grandes acciones para alcanzar la felicidad completa, el Sumo Bien.

¡Oh estrofas grandilocuentes del «Miserere»! ¡Oh cántico majestuoso de insuperable bondad! ¿Á quién nos dirige ese amor que experimentamos al eco sonoro de las estrofas? ¿Adónde vamos cuando todas esas pasiones nacen en nuestro corazón al nuevo transcurso del majestuoso «Miserere»?

Preguntad á esos mares que incesantemente se agitan; á esas montañas cuya naturaleza conforta maravillosamente nuestro espíritu; á esos cielos con mundos de estrellas; preguntad por qué ofrecen esa vigorosa vida de cuadros, las fuerzas de la Naturaleza, y todas ellas contestarán mudamente: porque hay un Dios que es el último fin del hombre y á quien hemos de dirigir los actos todos de nuestra vida. Y así, en continuas meditaciones, en un intenso amor hacia lo espiritual y eterno, vamos pasando y pasando las plegarias y lamentaciones todas del «Miserere», y olvidando por un momento cortísimo de nuestra vida, las riquezas materiales, esas riquezas locas que alucinan nuestro entendimiento y embargan nuestro ser, pero que tarde ó temprano han de quedar, de la parte de acá del sepulcro.

¡Gran «Miserere»! ¡Solemne «Miserere»! Eleva tus plegarias; llega al cielo cual espiral del incienso y haz que sus notas y sus cánticos sonoros, repercutan en los corazones de los hombres, como otros tantos cánticos de felicidad y salvación. Es Viernes Santo; la procesión seguida de multitud de fieles recorre las naves de la iglesia; el clero va entonando estrofas llenas de exquisita solemnidad; todo esta en religioso silencio á pesar de que el templo se encuentra invadido de creyentes; las luces, la sonoridad de las voces, todo ello en solemne conjunto, contribuye á meditar con más intensa fe, las plegarias sentimentales del «Miserere», que tan altamente nos conduce a pensar en nuestro único destino.

ADRIÁN DE LOYARTE

